
NOTA DEL DIRECTOR

Inicio del año del centenario de la Facultad y del cincuentenario del Concilio Vaticano II

Este número de la revista *Teología* coincide con el inicio del año del centenario de nuestra Facultad y el cincuentenario del Concilio Vaticano II. Por ello nos ha parecido muy oportuno, como homenaje a aquella generación que recibió el Concilio en nuestra Casa, reproducir, casi en su totalidad, la nota con la que Lucio Gera -director de la revista- presentaba, en octubre de 1962, el número 1 de nuestra publicación.

Que ese espíritu de humildad y contemplación, acompañe también nuestro servicio teologal ante los nuevos desafíos que debe transitar la Iglesia.

El día 20 de noviembre del año 1915 un decreto de la S. Congregación de estudios dio origen a esta Facultad. Posteriormente en el año 1932, la reorganización de las Facultades eclesiásticas, emprendida por la Constitución Apostólica “Deus scientiarum Dominus”, trajo una interrupción de su vida académica, que duró hasta el 8 de diciembre de 1944, fecha de la nueva erección canónica.

Así ha nacido y ha quedado constituida esta Facultad.

Sabemos, sin embargo, que no es suficiente nacer por decreto. La ley tiene carácter de norma, misión y tarea. Debe, por consiguiente, ponerse en ejecución y realizarse.

Para realizarse, empero, una Facultad de Teología debe adquirir rasgos de monasterio: sus profesores convertirse en una especie de clausurados para entregarse, primordialmente, a la contemplación teo-

logal. Nada los puede eximir de esta función sapiencial, que ya es oración. A ellos corresponde, como al monje, prestar oídos a Alguien, que viniendo desde lejos, camina, en puntas de pie, dentro del alma.

Una Facultad está también llamada a adquirir un clima de laboratorio, caminando a través de sus propios “métodos”, que son racionales y requieren esfuerzo. Pues “una tal sabiduría -dice Maritain refiriéndose a la teología- es divina por su objeto, pero adaptada, por su modo, a nuestra manera natural de obrar: el pan que ella nos dispensa se gana con el sudor de la frente”. Además de templo, una Facultad es campo de trabajo: y, mientras el campesino escribe con sus manos líneas fértiles en las páginas de sus campos, el teólogo deberá surcar, con sus ojos, el texto de sus libros, y los vestigios de Dios, con su inteligencia.

Todo esto convierte al teólogo en un hombre solitario y silencioso.

Un creyente convertido en luchador del desierto, simultáneamente en posesión y en búsqueda de la Verdad. Como creyente, seguro de Aquel a Quien ha encontrado, y no asumiendo la “convicción, que aún no ha tenido ninguna época: de que nosotros no poseemos la Verdad”(Nietzsche); como luchador de la inteligencia, haciendo una “tentativa con la Verdad”, provocándola, tentándola, para ver si se entrega.

Santo Tomás (I-II, 102, 4 ad 8) exige del teólogo una “promptitudo ad martyrium”. Mientras, fuera, la vida y la muerte se vencen alternativamente, cuando, con ritmo insistente, al tiempo de las hojas muertas sucede el de las flores abiertas, también dentro, en el sitio donde espera el alma, la luz y la tiniebla se alternan mutuamente, trayendo a la inteligencia su propio día y su propia noche. Eso requiere del teólogo lucha, martirio, fortaleza y virilidad. A él podemos repetirle, dándole un contexto mental muy distinto, estas dos palabras, también de Nietzsche: “Violentos; así nos quiere la Sabiduría: ella es mujer, y ama solamente a quien es soldado”.

Todavía más se requiere. Un teólogo debe hablar y hacerse escuchar. Él es maestro. Una Facultad es escuela, y el teólogo, en este sentido, un “escolástico”. Comunicar la “sacra doctrina”, a través de diversas funciones, que, en la enumeración del viejo Pedro, el Cantor, son: la “lectura”, la “disputatio” y la “praedicatio”. Una Facultad -la

de Teología al menos-, además de investigar y cuestionar la Verdad, debe también predicarla.

Todo esto arranca al teólogo de su desierto, de su silencio y su soledad, para convertirlo en un hombre con funciones públicas, habitante del centro de la ciudad, representando a una Iglesia que milita dentro de una cultura.

Esta función exige que él se dé sus propios medios de expresión. La palabra hablada en la cátedra, el diálogo, la discusión, la investigación en equipo; y la palabra escrita. A ello responde esta revista.

Mediante su publicación, desea nuestra Facultad tender simplemente a su propio desarrollo y a su madurez. Si hay entonces alguna pretensión -Dios quiera que no sea jactancia-, ella consiste solamente en salir de la infancia, en dejar atrás aun la adolescencia, para entrar en un estado adulto. O bien, lo que pretendemos no es más que darnos un medio para tratar de ser lo que está decretado que seamos: una Facultad de Teología. Si no nos diéramos instrumentos para ello, entonces el decreto que nos ha hecho nacer se convertiría en nuestro epitafio.